

# ARAMAT

ANA BALLABRIGA • DAVID ZAPLANA



CONTRALUZ

ANA BALLABRIGA  
DAVID ZAPLANA

Aramat



Primera edición: abril 2025

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Diseño de cubierta: Compañía

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Ana Ballabriga y David Zaplana, 2025

Representados por la Agencia Literaria Dos Passos

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-19822-64-2

Depósito legal: M. 655-2025

Printed in Spain

*A Carmen y Héctor, valientes soldados de la guerra de la vida.  
A todos los que sobreviven en la guerra cada día.  
A todos los que no lo consiguen.*



«El amor de una madre es el combustible  
que permite a un ser humano normal  
hacer lo imposible».

MARION C. GARRETTY

«El mundo rompe a todos y, después,  
algunos son fuertes en los lugares rotos».

ERNEST HEMINGWAY



TAMARA



Despierta.

Oye, ¿me escuchas?

Venga, despierta.

Has dormido mucho, demasiado tiempo.

Dicen que no es recomendable despertar a alguien de una pesadilla, pero ya ha terminado y tú serías capaz de seguir durmiendo y ponerte a soñar con otra cosa.

Así, eso es, abre los ojos.

Esta pesadilla es importante. Debes recordarla.

Vamos, respira, tranquila, no te agobies.

Sé que parecía real, muy real. Pero solo era un sueño.

O quizá no.

No, no te levantes, no vayas a la cocina; olvídate de la comida por un momento. No la necesitas.

Ahora respira, relájate y escucha.

Escucha bien lo que voy a contarte.

Es una historia.

Una historia de mujeres, de guerra, de amor, de aventuras, de dichas y desgracias.

Una historia que estremece y emociona.

Es la historia de tu vida.

Es la historia de dos madres.  
Es tu historia.

Te llamas Tamara y eres tasadora de arte. Tienes cuarenta y tres años, estás casada y vas a ser madre, aunque no estás embarazada. ¿Cómo es posible? Luego entraremos en eso, no te preocupes. Te defines como atea, aunque en realidad eres agnóstica. Digamos que no crees en Dios, pero has tenido algunas experiencias extraordinarias o sobrenaturales; al menos, inexplicables desde el punto de vista racional o científico. Por ejemplo, tus sueños. Sí, tus sueños. Te encanta dormir y soñar, pero, algunas veces, esos sueños son demasiado reales... ¿Cierto?

Está bien, ponte de pie, sal de la habitación, no querrás despertar a Agustín. Haz unas sentadillas o el saludo al sol, lo que te parezca, sé que no puedes estar quieta mucho tiempo. Tendrás que aprender, aunque aún falta para eso. En esta vida todo es aprendizaje, te guste o no.

Mientras estiras el cuerpo, podemos, si quieres, hablar de tu pesadilla. De primeras no recuerdas nada, solo el desasosiego, la tensión de los músculos, el rechinar de los dientes. Poco a poco, te viene la imagen final, un pozo negro por el que caes sin remedio, a gran velocidad, sin paracaídas ni protección... Sí, es el típico sueño, pero hay más.

¿Ya vas recordando?

Estás en un ascensor desvencijado que sube muy rápido, con un traqueteo constante y los estridentes chirridos de los mecanismos. La velocidad aumenta y sientes que tu cuerpo se encoge, que se aplasta contra el suelo. Una

campana metálica marca el fin del viaje y sales despedida hacia el techo.

No sabes cómo, pero ahora estás en una cocina modesta.

Los armarios amarillentos muestran desconchados de antiguas batallas. La mesa y las sillas cuentan la crónica de la vida cotidiana, un concierto de recuerdos bañados con chocolate Alenka y grasa de cerdo frita que evocan las tradiciones custodiadas por la matriarca.

Nunca has visto esta cocina, pero te resulta familiar. Piensas que puede ser un *déjà vu* o un efecto del sueño. En el fondo sabes que no es así, sabes que hay una parte real que no terminas de entender.

Un chasquido te saca de tus pensamientos y te lleva de la cocina al salón.

Las paredes están cubiertas por un papel con motivos florales y diversas fotografías enmarcadas: caras pecosas, un hombre que ya no está, una ciudad deshabitada.

Un cuadro de la Virgen preside la mesa de comedor; su mirada materna abraza el espacio con un aura de paz. A su lado, una antigua alacena alberga restos de vajillas heredadas de generaciones anteriores.

En una esquina, una vieja radio resiste como símbolo de las noticias pasadas; un puñado de vinilos esperan que un viejo tocadiscos los elija para guiar el siguiente baile; una lámpara de pie proyecta sombras danzantes en las paredes y crea una atmósfera acogedora; junto a ella, un sillón orejero invita a sentarse y leer junto a una estantería, dispensadora de libros desgastados que susurran promesas de aventuras infinitas.

Te recuerda a la película *Good Bye, Lenin!* Algo se remueve en tu interior. Un país comunista que ha dejado de serlo. Ya vas asociando ideas. Ya empiezas a comprender dónde estás.

Un silencio inquietante envuelve la escena; un silencio tan intenso que te provoca alucinaciones auditivas: pitidos que atraviesan tus oídos, susurros ininteligibles que tu mente trata de descifrar.

Reparas en la silla.

Sientes una punzada de dolor en el estómago.

Está situada en el centro del salón y hay alguien sentado en ella, de espaldas a ti.

El dolor se convierte en una bola de adrenalina que sube desde el plexo solar hasta la garganta. Te provoca una arcada.

Bajas la mirada. Esa persona tiene las manos y las piernas atadas. No sabes quién es, pero sientes con el corazón (o con el alma, quién sabe) que es alguien cercano, alguien importante.

—¡Hola! —exclamas con miedo—. ¡Hola!

Ante la falta de respuesta, tarareas una canción. Te ayuda a olvidar el miedo, ese miedo que te atenaza, que te encoge el cuerpo y te bloquea la garganta. Con mucho esfuerzo, arrastras los pies y alargas una mano hacia la persona sentada. Aún estás a varios metros de distancia, parece que nunca vas a llegar, parece que, con cada paso, te alejas. Sin embargo, tu mano ya casi roza su pelo.

En ese momento, cesan los pitidos y los susurros, que dejan paso al silencio. Pero el silencio se rompe con un ruido atronador, una explosión, el sonido de una bomba.

El suelo tiembla como un terremoto, tu cuerpo se tambalea, tu mano se agita en el aire a unos centímetros de su cabeza. Intentas controlarla, haces un último esfuerzo para alcanzar a la persona, pero las baldosas desaparecen bajo tus pies. El pozo negro, sí, caes por el pozo negro del que hablamos al principio. Así termina la pesadilla.

Es cierto, te recuerda a otro sueño recurrente que tienes a menudo. Pero el otro lo sientes como una premonición; este, sin embargo, es una realidad. Solo necesitas saber cómo interpretarla.

En el fondo ya lo sabes, pero te cuesta asumirlo.

Terminas de hacer tus ejercicios de yoga y, ahora sí, te diriges al frigo en busca de comida.

Tranquila, yo te ayudo a ordenar tus pensamientos, a controlar las emociones que los bloquean.

Tu cocina es blanca y luminosa, moderna y acogedora. Nada que ver con la de la pesadilla. Abres el cartón de leche y bebes de él a grandes tragos. Está fría. Te alivia el nudo de la garganta, pero no te sacia.

No paras de darle vueltas al sueño, al recuerdo, a la escena. Como una arqueóloga de la memoria, buscas pistas que revelen su significado, que te lleven a un puerto seguro donde anclar tu alma inquieta.

Enciendes la cafetera y pones el pan en la tostadora. Tienes tanta hambre que no puedes esperar a que salga, así que abres el bote de frutos secos y los engulles mientras vas al baño.

Al fin, te sientas en la mesa del salón frente a un café con leche, un bote de muesli, una tostada con aceite y otra de mermelada, un plátano, una manzana y una naranja. Quizá te hayas pasado. O quizá no; estás ham-

brienta. Te pones los auriculares inalámbricos y reproduces un pódcast de salud; es importante saber cuidarse.

La pesadilla no deja de dar vueltas en tu cabeza, pero no quieres pensar en ella. Intentas silenciar el ruido con más ruido. No te funciona, no te concentras. Hoy no entiendes nada de lo que dice Cristina ni el dermatólogo que la acompaña. Tu mente está dispersa, está en otro lado: los muebles desconchados de la cocina, el papel pintado de las paredes, el cuadro de la Virgen, la persona de la silla, la explosión...

Intentas concentrarte en el pódcast. Ácido glicólico, retinol, coenzima Q10... Nada.

Una mano acaricia tu hombro y unos labios te rozan el cuello.

—Buenos días. —Agustín te quita uno de los cascos—. ¿Has hecho café?

—Te he dejado la cafetera preparada. Solo tienes que darle al botón.

Él se gira hacia la puerta, pero tú lo coges de la mano y lo miras a los ojos como si fueras a darle una mala noticia. Frunce el ceño y se sienta.

—¿Qué sucede?

—Ha ocurrido algo. —Engulles de un bocado lo que queda de tostada—. Estoy segura —concluyes con la boca llena.

—¿A qué te refieres? —Un atisbo de preocupación aparece en su rostro, solo un segundo, casi un espejismo.

—He tenido un sueño.

—Ah, eso.

—Una pesadilla.

—Ya, no te preocupes. —Agustín te abraza—. Algunas son muy reales, pero enseguida se pasa.

Te suelta y se levanta.

—Tú no lo entiendes, era... —Te quedas con la palabra en la boca cuando él desaparece por la puerta.

Sorbes el café y, con la otra tostada en la mano, lo persigues. El zumbido de la cafetera te recibe como un gruñido.

—Era una pesadilla muy real. Ha sucedido algo, estoy segura.

—Tú y tus pensamientos mágicos. —Te abraza de nuevo. Esta vez te aprieta los pechos—. Si necesitas relajarte, solo tienes que pedirlo, ¿no te parece?

—¡Suéltame! —gritas y le empujas como si fuera un violador que te asalta por la calle. Tú misma te sorprendes de la reacción.

—¿Qué te pasa? Pareces una loca. —Agustín te mira como si no te conociera.

—Quizá lo sea, y me parece bien si sirve para que me escuches. Ha pasado algo, ¿me oyes? Le ha sucedido algo a la gestante. —Ahí tienes la explicación de cómo vas a ser madre sin estar embarazada. Tu marido y tú habéis contratado los servicios de un vientre subrogado, una madre de alquiler—. He estado en su casa, en su cocina; en el sueño, quiero decir. Eran muebles viejos, como los que salen en las películas de la época de la URSS. —Estuvisteis valorando distintas opciones. Las más viables eran Estados Unidos y Ucrania; la más barata, la última—. Era una casa ucraniana y había alguien en el salón, en una silla. —Haces una pausa. Agustín está sentado y

bebe su café sin mucho interés. Tú asestas lo que consideras el golpe de gracia para captar su atención—. Tenía las manos y las piernas atadas.

—¿Y crees que era ella? ¿Crees que era nuestra gestante? —Parece que ha funcionado. Ahora hasta te mira.

—No lo sé, estaba de espaldas, no le pude ver la cara. Pero sé que le ha ocurrido algo y que no es bueno.

—Es muy parecido a ese otro sueño que tienes muchas veces, ¿no? El del parque de atracciones abandonado.

—Pero no he sentido lo mismo.

Has leído mucho sobre la interpretación de los sueños. En este vasto reino onírico, cada sueño es un tesoro, cada imagen, un enigma, y cada experiencia, un viaje hacia lo desconocido. Hay muchos tipos de sueños: lúcidos, pesadillas, de visitación, creativos, fisiológicos... Los sueños más habituales son los de compensación, en los que la mente compensa experiencias o deseos no cumplidos en la vida diaria. Los sueños recurrentes son provocados por tus miedos atávicos; es la casa oscura sobre una colina, que amenaza tu sosiego; son tus abuelas muertas, que atacan tu mente cuando te sientes herida. Por otro lado, los sueños premonitorios son heraldos que te susurran advertencias desde tu inconsciente; son faros que te señalan los escollos del destino; son tus tripas que te avisan: «Huye, no es ahí». O: «Sigue, ese es el camino».

El sueño del que habla tu marido, el del parque de atracciones, es un sueño premonitorio, te está advirtiendo de algo; aunque aún no sabes interpretarlo.

El que acabas de tener no encaja en ninguna categoría. Este sueño lo has vivido con más intensidad, era más real,

como si hubieras estado allí de verdad. ¡Eso es! Más que un sueño, parecía un viaje astral, como si tu mente, o tu alma, se hubiera desplazado a aquel piso ucraniano para recorrerlo de la cocina al salón, para presenciar una escena real que está ocurriendo allí en este mismo instante, para escuchar las bombas caer, para que veas, con tus propios ojos, que algo malo ha sucedido.

¡Para que actúes! ¡Aramat está en peligro!

—Sabes que mis sueños nos han sacado de algún apuro. —Miras a Agustín con intensidad.

—Lo sé, no compramos aquella casa por uno de tus sueños y, al poco, la declararon en ruinas. Pero te recuerdo que no siempre aciertas.

—Porque algunas veces los sueños son vagos o difíciles de interpretar. Pero este era muy real, como si yo estuviera allí, como si viera lo que ocurre con mis propios ojos. ¡Tenemos que ayudarla!

—No saquemos las cosas de quicio por un sueño, ¿vale?

—Aún no nos han garantizado que podamos recoger a nuestro bebé cuando nazca, no sabemos si podremos cruzar la frontera, ni si podremos realizar los trámites para inscribirlo como hijo tuyo. Ya pasaron cosas así durante la pandemia y ahora, con la guerra, es mucho peor. Sí, estamos hablando de un país en guerra, ¿recuerdas? En Ucrania acaba de estallar una guerra y nuestro hijo está allí. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—No ganamos nada perdiendo los nervios. Tenemos que esperar y ver cómo van las cosas. Hay que armarse de paciencia y confiar. No podemos hacer nada más.

—¡Yo no quiero quedarme sentada!

—Tam.

—¡No quiero seguir esperando sin hacer nada!

—Tamara.

—¡Estamos hablando de nuestro hijo!

—Tamara. ¡Tamara!

—¿Qué?

—De acuerdo, llama a la agencia y pregúntales por nuestra gestante. Estoy seguro de que estará bien, pero no cuesta nada comprobarlo, ¿verdad?